

## KARL RAHNER: UNA NUEVA VISION DE LA EXISTENCIA HUMANA

Jesús A. DE LA PIENDA

Con ocasión de la muerte de Karl Rahner, el 31 de marzo del pasado año (1984), se han publicado varios artículos en los que se hacía referencia a su biografía y a ciertos aspectos de su pensamiento. En el presente quiero ofrecer al público, aunque sólo sea muy sucintamente, los rasgos fundamentales de su visión del mundo. Dada la estrechez de espacio disponible quedan en el tintero muchos detalles que merecerían ser mencionados con tanta o más razón que aquellos que son recogidos en este artículo. Pero no es objetivo de éste recoger todos los aspectos del pensamiento rahneriano, sino sólo introducir y estimular a la lectura de este gran filósofo y teólogo que, sin duda, figura ya entre los grandes pensadores de la historia de Occidente.

En un intento de exposición lógica de sus grandes intuiciones podría resultar este manco resumen.

*Dios existe.* La existencia de Dios es, para Rahner, creyente cristiano, el postulado fundamental de todo su pensamiento. Dios existe como la razón última, como Ser Absoluto, en el que todo otro ser tiene su origen y en el que todo el devenir del cosmos y de la historia humana tiene su meta definitiva.

*Antropocentrismo de la creación.* Dios sólo pudo crear por amor. Es decir, la posibilidad de la creación se apoya en la posibilidad de la libre y gratuita autocomunicación de Dios hacia afuera, hacia alguien distinto de él. Dios sólo puede crear en cuanto puede amar a alguien distinto de él mismo. Pero este «alguien» sólo puede ser la criatura espiritual, ya que tiene que ser una criatura capaz de recibir y dar respuesta al acto personal de amor con que Dios crea. Dios, cuando creó, lo hizo, por tanto, en espera de que en el mundo de las criaturas apareciera el «espíritu finito» o ser humano. La creación de todos los demás seres se realiza sólo en función de esa relación de amistad o de amor que Dios quiere establecer con alguien distinto de él. La creación es, pues, sólo un momento y un presupuesto de esa autocomunicación libre y gratuita que Dios ofrece al hombre. Y una creación sin el hombre u otro espíritu finito sería un absurdo.

*Antropogénesis: El hombre nace por evolución.* Para Rahner, la evolución es un hecho científico demostrado que, como tal, no ofrece mayores discusiones. La evolución es un fenómeno universal que va desde la materia inorgánica a la orgánica y que en ésta avanza desde formas simples hacia otras cada vez más complejas. En ese proceso hay un momento en que aparece el ser humano con su dimensión espiritual. Es éste un momento especialmente difícil de comprender y explicar desde un punto de vista meramente científico y racional.

Una realidad nueva acaba de aparecer en el proceso de la evolución: el espíritu humano; lo que vulgarmente se suele llamar «alma». Se trata de una realidad nueva, irreductible a la mera materia; ontológicamente superior a ella. El surgir de esta nueva realidad en el proceso de la evolución plantea el problema de cómo es posible, ya que si es esencialmente superior a la materia, ésta por sí sola no la pudo producir. Si la evolución sigue un proceso ascendente, de lo menos a lo más, de lo ontológicamente inferior a lo superior, se plantea ineludiblemente el problema de cómo de lo menos puede salir lo más. Y es que nadie puede dar lo que no tiene. La respuesta de Rahner a este problema podría resumirse en lo siguiente: Sólo el Ser Absoluto (Dios) es capaz de hacer surgir de la nada el ser mediante un acto creativo. Su fuerza creativa no cesó de actuar en el mundo una vez creado éste, sino que sigue presente en todo su proceso evolutivo haciendo posibles esos «saltos» o pasos hacia seres esencialmente superiores.

La materia, por tanto, gracias a ese permanente concurso divino, es capaz de hacer surgir de sus entrañas formas de ser que le son esencialmente superiores, como el caso del surgir del ser humano con su dimensión espiritual. El hombre, todo entero, nace, pues, por evolución, sin ninguna intervención extraordinaria o milagrosa de Dios. Nace según las leyes ordinarias de todo el proceso evolutivo.

*Existencia humana: sus constitutivos fundamentales.* Rahner expresa su interpretación de la existencia humana fundamentalmente a través de ciertos binomios que son otras tantas muestras de las principales corrientes de pensamiento que en él confluyen. El binomio espíritu-materia en el que la influencia de Hegel se hace sentir de un modo especial. El binomio «transcendental»-«categorial» de tinte más bien kantiano. El binomio «naturaleza»-«persona», herencia del magisterio de Heidegger. Y el binomio «natural»-«sobrenatural» en el que Rahner se inserta de lleno en la tradición de la Teología católica.

Evidentemente Rahner no se limita a una exposición lineal o a una superposición de estos puntos de vista. Estas distintas perspectivas se compenetran mutuamente en su pensamiento para constituir una sola visión integral del hombre. Por eso, en su conjunto, la visión que este autor nos ofrece de la existencia humana no es atribuible a ninguna de esas corrientes que influyen en su pensamiento. Es una visión que sólo admite en su conjunto el calificativo de rahneriana.

El hombre es, en primer lugar, *espiritual-material*. Es «espíritu-en-el-mundo», dice Rahner. La relación espíritu-materia es una de las estructuras clave de su pensamiento. Para él, el hombre no es ni sólo espíritu ni sólo materia, ni tampoco un compuesto de alma y cuerpo. El



**KARL RAHNER**

hombre es *uno* en su origen, *uno* en su duración y *uno* en su destino final. Es decir, nace, existe y muere como una sola realidad; no como dos cosas que se juntan al nacer, luchan entre sí mientras coexisten y se separan cuando mueren.

Sin embargo, ese hombre uno posee dos dimensiones, algo así como dos caras de una misma moneda. Esas dos dimensiones, la espiritual y la material, son, a la vez irreductibles entre sí e inseparables. Una no puede existir ni tiene sentido sin la otra. Pero no tienen, no obstante, el mismo valor ontológico. El espíritu es la realidad fundamental hasta tal punto que la materia es entendida metafóricamente como «espíritu congelado». La dimensión material del hombre, su corporeidad, no es más que la expresión material del espíritu y un momento de su autorrealización. El espíritu está al principio de todas las cosas como fundamento; está en el devenir de la materia y de la historia como su fuerza central y está en la consumación final como meta de todo ese devenir.

Decíamos que el Espíritu Absoluto (Dios) era el origen de todo, que había creado el mundo para establecer una relación de amistad con alguien capaz de responder a su oferta; que ese alguien sólo podía ser, entre todas las criaturas, el espíritu humano porque sólo él con su inteligencia y su libertad podía comprender y dar una respuesta libre a esa oferta divina. El alcanzar esa relación entre el Espíritu Absoluto y el espíritu humano es la razón que da sentido a todo lo demás. Todo cuanto existe, existe por ese motivo. Por eso, la materia en todas sus formas sólo fue creada con esa finalidad. Ella no es más que el medio a través del cual el espíritu humano nace, se desarrolla y avanza hacia su plena realización en esa relación de libre amistad con Dios.

Por su parte, el espíritu humano, por ser finito, no puede existir sin su dimensión material, sin su cuerpo. Este le es tan esencial que sin él no podría realizarse en absoluto. Por eso el espíritu humano nace por evolución con su propia corporeidad, con ella tiene que existir y consigo la tiene que llevar después de la muerte. El hombre es espíritu sensible, que sólo puede existir en la materia.

Pero esa corporeidad del espíritu humano no termina donde acaba la piel de su cuerpo individual. Mi cuerpo no acaba donde mi piel sino que se extiende simbióticamente con todo el mundo material que me rodea. Sin la Luna o el Sol, sin el aire o la presión atmosférica, mi cuerpo sería distinto. Hay, pues, una materia universal que forma parte de mi cuerpo individual y que comparto con el cuerpo de los demás. Cada cuerpo tiene en este sentido una dimensión cósmica.

*El hombre posee una dimensión «transcendental» y otra «categorial».* La dimensión transcendental del hombre es expresada también como «anticipación» (*Vorgriff*). «Anticipación» quiere decir que el hombre ya lleva anticipado en su misma manera de ser, aunque sólo de forma genérica, todo cuanto puede conocer y querer. Una manera de expresar lo que esa anticipación significa en el orden de conocimiento, aunque muy incompleta, podría ser ésta: El hombre sólo desarrolla su conocimiento a base de preguntar. Preguntar es la primera actividad que el hombre realiza para conocer algo. Ahora bien, toda pregunta está siempre sujeta a estas

leyes: En primer lugar, no se puede preguntar por lo que ya se conoce de una manera absoluta. Si el conocimiento acerca de algo ya es total, no hay lugar para las preguntas. En segundo lugar, tampoco se puede preguntar por lo que se ignora de forma absoluta, porque en ese caso nada puede provocar la pregunta. Si de algo no se tiene la más mínima sospecha de que existe ni de lo que es, tampoco se producirán preguntas sobre ello. Por tanto, solo se puede preguntar por lo que de alguna manera ya se conoce, aunque sea de forma muy general e inconcreta.

Pues bien, ese «conocimiento previo» que acompaña a toda pregunta y que es conocimiento precisamente de aquello por lo que se pregunta, es lo que Rahner llama «anticipación» y que constituye la dimensión «transcendental» del conocimiento humano. Sin ella no sería posible ningún conocimiento concreto por parte del hombre.

Este conocimiento concreto de cosas concretas y las actividades consiguientes constituyen la dimensión «categorial». En ella el hombre realiza todas sus creaciones culturales: ciencias, arte, religión, etc.

Estas dos dimensiones coexisten en relación dialéctica, de manera que la dimensión transcendental no podría realizarse sino a través de la categoría, ni ésta sería posible sin aquélla. Sin embargo, son irreductibles entre sí. Toda la existencia humana transcurre en una permanente tendencia de convertirse en categorial esa dimensión transcendental. Es decir, de convertir en conocimiento y amor concretos esa anticipación de la verdad y del bien que el hombre lleva en su mismo ser. Su ser lleva grabadas las líneas fundamentales por donde tiene que discurrir su hacer. Pero esas líneas programáticas admiten distintas realizaciones concretas. De ahí la posibilidad de que existen tan diferentes culturas e interpretaciones del mismo ser humano. El hombre intenta constantemente convertir en conceptos manejables por él mismo esa dimensión trascendental mediante el ejercicio de la autorreflexión. Sin embargo, nunca consigue alcanzar un conocimiento completo de sí mismo. Siempre se queda en interpretaciones aproximativas. De ahí que siempre exista en él una tensión entre lo que es transcendentalmente y lo que alcanza a ser categorialmente. En su dimensión transcendental siempre es más rico, más hondo que todo aquello que consigue saber conceptualmente, categorialmente. El vive en todos y cada uno de sus actos ambas dimensiones. Por eso se puede decir que en su vida se desarrollan a la vez una «historia transcendental», inconsciente e irrefleja, y otra «categorial», más bien consciente y refleja.

*El hombre es «naturaleza» y tiende a ser «persona».* El hombre es «naturaleza», es decir, una gran parte de su ser le es «dada» previamente a toda actividad suya, antes de empezar la tarea de su existencia. Es algo así como el equipaje con el que luego tendrá que arreglárselas para llevar a cabo su propio existir. Entre eso que le es previamente dado está la propia libertad. El hombre nace libre. Es necesariamente libre. Se encuentra con la libertad como algo que no puede elegir. No puede elegir ser o no ser libre. Esa misma elección ya sería un acto de libertad.

El hombre tiende a ser «persona», es decir, tiende a integrar en su acto libre todas esas fuerzas y elementos que le son dados en su «naturaleza». Con el ejercicio de su libertad el individuo tiende a disponer

de sí mismo como totalidad. En la medida en que lo consigue, se dice que es menos «naturaleza» y más «persona». No se trata de anular las fuerzas naturales, sino de conseguir que estén a disposición del acto libre de cada uno.

En ese intento el individuo se encuentra con la resistencia de la naturaleza; ésta tiende a obrar espontáneamente y se opone al acto libre que le quiere controlar en cuanto tal acto libre. Por eso, el hombre nunca consigue disponer de sí mismo, ni para lo bueno ni para lo malo. Siempre queda en él un resto de naturaleza incontrolada por su acto libre. Ese resto es precisamente lo que hace posible que el hombre pueda arrepentirse de haber realizado ciertos actos libres y poner otros contrarios.

En base a estos conceptos, Rahner concibe la historia individual como una tarea o esfuerzo permanente, por ir integrando las fuerzas espontáneas de su «naturaleza» en el ejercicio de su libertad. Es la tarea de «personalizar» la propia «naturaleza» o de alcanzar el pleno dominio de sí mismo. Es el ideal de la integridad en la que uno sería plenamente libre ante sí mismo y, por tanto, plenamente responsable de sus actos. En esa plenitud de libertad y responsabilidad personal, el arrepentimiento no sería posible, ya que todas las fuerzas de la «naturaleza» están por principio integradas en el acto libre.

Por otra parte, dado que el individuo tiene a través de su cuerpo particular una radical interdependencia e intercomunicación permanente con el resto del mundo material, que comparte con los demás, el proceso de integración de la «naturaleza» en la «persona» y su acto libre adquiere dimensiones cósmicas. No es sólo la «naturaleza» individual, sino también la naturaleza cósmica la que debe ser integrada en la libertad humana. Ahora bien, dado que la naturaleza cósmica es común a todos los humanos, su integración es una tarea de toda la Humanidad. En ella se incluyen todos los esfuerzos del hombre para conseguir «hominizar» o dominar la Naturaleza y ponerla a su servicio.

La plena integración cósmica en la historia humana, sólo tendrá lugar en su fase final que Rahner llama «consumación». En esta «consumación» se incluye la muerte individual de cada uno, sobre la que Rahner nos ofrece una original interpretación en plena consonancia con la ideas anteriores.

*Muerte «natural» y muerte «personal» del hombre.* La muerte tiene también dos dimensiones: una «natural» y otra «personal». La muerte «natural» es una necesidad biológica. En ella la relación espíritu-materia entra en una nueva y definitiva fase. El espíritu humano rompe las fronteras de su cuerpo individual, no para abandonar la materia sino para entrar en una relación más profunda y universal con ella. El cuerpo individual deja de vivir y pierde su individualidad para reintegrarse a la generalidad del mundo material. El espíritu conserva su vida espiritual, pero de un modo nuevo. Su separación del cuerpo individual no conlleva una separación de la materia. Es inseparable de ella. Con la muerte se libera de las limitaciones de su cuerpo individual para entrar en una relación directa con todo el mundo material, en una relación «pancósmica».

Esa muerte se hace personal en la medida en que no es simplemente padecida o soportada por el individuo, sino libremente asumida.

*El hombre es de hecho, a la vez, «natural» y «sobrenatural» en su mismo ser.* «Natural» tiene aquí un sentido estrictamente teológico, algo distinto del que tiene en su significado existencialista, antes tratado. Se entiende como «natural» todo lo que esté al alcance de las fuerzas puramente humanas, y «sobrenatural» es aquello a lo que el hombre aspira o está destinado y que, sin embargo, no puede alcanzar con sus solas fuerzas. Sólo de Dios lo puede esperar.

Pues bien, según Rahner, el hombre ya nace destinado a un fin sobrenatural; es decir, a un estado de vida que por sí mismo no puede alcanzar. Habíamos dicho al principio que Dios sólo puede crear por amor; sólo para establecer una relación de amistad con alguien que sea capaz de recibir y responder a su oferta. Ese alguien es el hombre. Ahora bien, la relación de amistad con Dios es siempre y necesariamente sobrenatural, ya que en ella Dios comunica su intimidad a la criatura y no existe ni puede existir criatura que pueda exigir por derecho propio ni tampoco que pueda llegar a conocer por sus propias fuerzas esa intimidad divina. Como en toda amistad, sólo la puede conocer aquél a quien el amigo, en este caso Dios, la quiera revelar. El hombre, por tanto, nace de hecho destinado a un fin sobrenatural. Ese destino es anterior a su propia elección; es algo que le viene previamente dado y que forma parte, por tanto, de su naturaleza histórica: es un «existenciario sobrenatural».

Supongo que esta síntesis del pensamiento Rahneriano deja o provoca muchos interrogantes que exigirían una exposición tal vez más técnica y más amplia. Para ello remito al lector a mi libro *La Antropología Transcendental de K. Rahner. Una teoría del conocimiento, de la evolución y de la Historia*. (Servicio de Publicaciones de la Universidad de Oviedo), en el que podrá encontrar la bibliografía correspondiente.

## BIBLIOGRAFIA

Las obras más significativas del pensamiento de este autor, están ya traducidas al castellano. Estas son:

- *Espiritu en el mundo. Metafísica del conocimiento finito, según Santo Tomás de Aquino*, Herder, Barcelona, 1963.
- *Oyente de la palabra. Fundamentos para una filosofía de la religión*, Herder, Barcelona, 1967.
- *Escritos de Teología*, I-VII, Taurus Edic., Madrid, entre 1963-1967.
- *El problema de la hominización*, Edic. Cristiandad, Madrid, 1973.
- *Revelación y Tradición*, publicada junto con J. Ratzinger, Herder, Barcelona, 1970.
- *Libertad y manipulación*, Edit. Dinor, Pamplona, 1971.
- *La gracia como libertad*, Herder, Barcelona, 1972.
- *Sentido teológico de la muerte*, Herder, Barcelona, 1965.
- *Sacramentum Mundi*, obra colectiva dirigida por K. Rahner y por J. Alfaro en su versión castellana, Herder, Barcelona, entre 1972 y 1974, 6 vols.
- *Curso fundamental sobre la Fe. Introducción al concepto de Cristianismo*, Herder, Barcelona, 1979.
- *Cristología. Estudio teológico y exegetico*, Edic. Cristiandad, Madrid, 1975, publicada junto con W. Thüsing.

Existen, además, traducciones de otras obras menores, así como de numerosos artículos. Queda no obstante, una parte aún muy importante de sus publicaciones alemanas no traducidas al castellano. Entre ellas están:

- *Schriften zur Theologie*, VIII-XII, Benziger Verlag, Einsiedeln, entre 1967 y 1975.
- *Herders Theologisches Taschenlexikon*, obra colectiva en la que participa con 97 artículos, 8 vols., Herder, Freiburg im Br., 1972.
- *Lexikon für Theologie und Kirche*, obra colectiva dirigida por él, en la que participa con importantes artículos definitorios de su pensamiento, publicada entre 1957 y 1967, en Friburgo, añadiéndose varios volúmenes complementarios posteriormente.

Hay una *Bibliografía* de todas sus obras, artículos y colaboraciones publicadas desde 1924 hasta 1969, de Roman Bleistein y Elmar Klinger, Herder, Freiburg im Br., 1969. K.H. Neufeld y R. Bleinstein publican un *Rahner-Register*, Einsiedeln, 1974.